

Temas de Comunicación Económica

*Leandro Cantó**

Resumen

Tercera entrega del trabajo de Ascenso del profesor L. Cantó titulado "Temas de Comunicación Económica", formado por dos capítulos: La Crisis del Valor Objetivo: el Socialismo, y La Inalcanzable Objetividad. En el primero analiza la metodología dialéctico-histórica como esquema intelectual para la interpretación de fenómenos y concluye que el marxismo sigue presente en el lenguaje mismo de la ciencia, que debe replantearse la concepción de la objetividad y que hay que sospechar de todo lo que en materia de ciencias humanas tenga características de ley. En el segundo, remarca el mito de la objetividad y define la economía dentro de una perspectiva más acorde con la realidad, menos distanciada del libre actuar de los hombres. Finalmente señala que esta ciencia es imposible de simplificar y encerrar en "leyes históricas", como han propuesto el marxismo y los modelos matemáticos.

Abstrac.

Third delivery of the promotion work of professor L. Canto, titled "Themes of Economic Communication", composed by two chapters: The crisis of the Objective Value: Socialism, and The Ureachable Objectivity. In the first he analyzes the dialectic-historic methodology as an intelectual outline for the interpretation of phenomenons and concludes that marxism is still present in the very lenguaje of science, that ther must be a restatement in the conception of objectivity and that we must suspect of all lthat has been written in human sciences that has characteristics of law. In the second, he marks again the myth of objectivity and defines economy inside a perspective more in accord with reality, less retired from the free action of man. Finally he points that this science is impossible to simplify and enlose in "historical laws", as proposed by marxism and mathematical models.

* Profesor de la Cátedra de "Comunicación Económica", en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB y profesor del IESA.

LA CRISIS DEL VALOR OBJETIVO : EL SOCIALISMO

La manera de ver al mundo ha cambiado radicalmente desde hace poco tiempo. Todavía en los años 70, se creía posible que el hombre pudiera organizar la sociedad siguiendo algunos esquemas preconcebidos, dando así origen a una forma "moderna" de organizar la sociedad: el socialismo. En 1989 se produce una de las más importantes transformaciones de la historia, como lo fue la caída en forma de dominó de las repúblicas socialistas del este europeo, para dar paso a dos elementos que se creían olvidados de ese lado del "telón de acero": la democracia representativa pluripartidista en el plano político, y el retorno acompasado al mercado en lo económico.

Ese cambio de configuración no es casual. Es el reflejo de una de las más significativas constantes históricas, que se puede resumir diciendo que no basta con que las sociedades deseen conquistar ciertos tipos de organización: es indispensable que las mismas tengan un vínculo adecuado con las tendencias innatas del comportamiento humano. Dicho en otras palabras: nada de lo que se construye contra natura, sobrevive al paso del tiempo.

Pero esta no es una verdad política, sino metodológica. Los hombres pueden esmerarse en elaborar un proyecto social complejo y creíble; de hecho, el socialismo no fue sino eso. El punto determinante orbita alrededor del concepto de "factibilidad", entendiéndose por tal cosa la probabilidad de que un evento histórico se repita. Es hasta este punto que podemos aceptar que se hable de ciertas "leyes" o "normas" del comportamiento social, pero más allá, creo que resulta ya una cuestión de mero orgullo intelectual aferrarse a la idea de que, de alguna manera, se podrían establecer tales leyes de comportamiento social, a fin de obtener una suerte de programa para las personas y sus grupos sociales.

No podemos estar seguros ni convencidos de que existan las tan solicitadas "leyes" de la sociedad. El intento, fruto de una lógica búsqueda intelectual del siglo XIX, fue algo menos que una utopía en la que han participado millones de seres. La razón por la que solemos suscribir tales enunciados es relativamente simple: no estamos dispuestos a aceptar que la sociedad marcha de acuerdo no a un programa o a unas leyes previamente determinables, sino en función a la conjunción de los intereses, acciones e ideas de cada uno de sus miembros. La pedantería intelectual del hombre moderno casi forzó a una búsqueda sistemática de modelos sociales que, de alguna manera, reprodujeran los interesantes sistemas de pensamiento en las ciencias llamadas exactas, como la química o la física, y ni se hable de la matemática, considerada como una suerte de comodín intelectual, capaz de modelar en ecuaciones casi cualquier cosa que existiera en el universo.

Tales intentonas resultaron ser totalmente infructuosas. El avance de la ciencia social desde el advenimiento de las interpretaciones marxistas sufrió de una necesaria escisión entre, por un lado, el modelo determinista de los seguidores del dueto alemán Hegels-Marx, y por el otro la evidencia empírica resultante de las observaciones sistemáticas de quienes todavía no estaban dispuestos a aceptar el concepto básico del marxismo, a saber, que la historia se regía por leyes y que el comportamiento de las sociedades de alguna manera se las arreglaba para ceñirse a esos modelos.

El problema radical está en la discusión misma de la metodología dialéctico-histórica. Por más de cien años ha servido de esquema intelectual para la interpretación de innumerables fenómenos. Se cuentan por decenas de miles los investigadores que han trabajado en la comprensión de la realidad social siguiendo el esquema metodológico marxista, y sus otros hijos, al menos un par de decenas de nuevos "ismos". De alguna manera han seguido una aplicación del esquema que ya sirvió a Marx a mediados del siglo pasado, porque suponían que tenía una inmensa validez, apoyados además en la fundamental sustentación que les dió política, económica e intelectualmente el triunfo de la Revolución Bolchevique, que sirvió de punto de apoyo a todo un proceso internacional de divulgación de los exitosos enfoques del marxismo como metodología para la comprensión de la realidad.

Pero dos cosas tenían que decirnos que no necesariamente los hechos deberían ser como aparentaban. La primera era que un triunfo político circunstancial no era en modo alguno prueba de que una supuesta ciencia de la historia y la sociedad fuera realmente aplicable a todos y cada uno de los casos. En segundo lugar, era evidente que el método mismo de construcción del marxismo era groseramente manipulador de la realidad, pues aceptaba como un axioma inseparable de las concepciones intelectuales de algunos gigantes del pensamiento antecedían cualquier proceso deductivo válido derivado de la simple observación de los hechos.

Si las cosas no coincidían con el modelo dialéctico-marxista, era porque las fuerzas de la ciencia y la política burguesa distorsionaban la realidad, al punto de engañar la apreciación del objetivo científico de la nueva era. Para superar tales barreras cognoscitivas, el investigador era invitado a participar en la praxis social revolucionaria, fuente no sólo de inspiración, sino incluso de conocimientos fundamentales para erradicar la visión burguesa del hombre y de la historia, abriendo así paso a una manera novedosa de mirar el mundo que nos rodea.

Este modelo de pensamiento científico tuvo éxito. Su principal atractivo no era, por supuesto, la posibilidad de dar con los componentes de

esa verdad fraccionada que llamamos realidad, sino la petulancia intelectual de permitir al hombre integrar en una visión antropocéntrica todos los imponderables —enojosos y dispersos— de la sociedad. Las leyes de los materialismos histórico y dialéctico ponían la carreta delante del caballo, en el sentido de que daban los lineamientos de lo que se debía buscar como premisas de la indagación misma. Se esforzaba por representar una comedia científica donde el desenlace era ya conocido por todos: la ineludible marcha del proletariado hacia la construcción de una sociedad comunista.

Pero, como toda ciencia sin esfuerzo, el marxismo no tenía razones para fracasar, porque había en su entorno un arsenal armonioso de posibilidades especulativas. Al no tener el terrible objeto de tener que descubrir algo que no existe todavía, era una suerte de ejercicio intelectual que se asemeja mucho a la música, en el sentido de que se ejecuta en forma maravillosa, siempre que no se deba crear con ella una variación de apreciables diferencias con lo que nos precedió, porque entonces se es mucho más exigente con el genio. Tal y como había sido concebido, el marxismo era una mutación del individualismo racionalista del siglo XIX, que pretendía de alguna manera producir modelos de sociedad a los que no pudiéramos escapar.

Esa característica lo acerca mucho a las perspectivas teológicas generales de múltiples religiones: una vez aceptado el hecho de fe, es "elemental" para el practicante que los pasos que se dan apuntan siempre hacia una reconfirmación de lo que —¡oh sorpresa!— milagrosamente ya sabíamos. Pero una ciencia atrapada entre esas prefiguraciones, no podía arrojar luces acerca de lo que podría ser considerado como "verdad", visto que en materia de ciencias sociales, llegar a tales leyes concluyentes no es sino una vana ilusión del observador, como parece ser definitivamente lo que ya casi todo científico social acepta. El marxismo podía simplemente reescribir la historia, la sociología o la economía en términos de su muy particular lenguaje, reciclando y reconvirtiendo múltiples aspectos de la sociedad y su dinámica a los manejos de su propio diccionario.

Mas lo que el marxismo no puede hacer es generar algo que sea esencialmente distinto o diferente a lo que el mismo Marx apreció hace casi más de siglo y medio. No podría hacerlo, salvo si fuera realmente una ciencia, y el paso de tiempo fue enseñando las debilidades intelectuales y científicas del enfoque académico marxista. El libreto de esta ciencia era reiterativo, hasta el punto de parecernos estar viendo una nueva versión de la misma obra, porque el asunto crucial estaba en descubrir cosas nuevas, sino en ratificar la vieja teoría de la lucha de clases a través de los malabarismos intelectuales de los manuales de materialismo dialéctico

Bajo esta perspectiva, era de suponerse que el marxismo, en tanto que manera de aproximarse a la comprensión del hombre, terminaría produciendo una suerte de corto circuito: si bien es cierto que su propósito agrada a las personas, y si sus demostraciones más fehacientes siempre redundan en una demolición del mundo, la sociedad y el Estado burgués, igualmente era para todos una evidencia que siempre se concluía en los mismo: que la sociedad avanzaba inexorablemente hacia un estado superior, donde la propiedad colectiva de los medios de producción garantizaba una deseada igualdad, dejando de lado las complejidades de la lucha de clases, que de alguna manera entorpecían el desarrollo de la historia hacia un estadio superior.

La mayoría de los ex-marxistas abandonaron este esquema, en parte por aburrimiento, en parte por deseos de superar el cartabón que se les imponía. Pero hacerlo no resultó tan fácil como algunos se imaginan: el enfoque de la pseudociencia marxista no se puede descartar de manera simple, sin correr el riesgo de perder base de sustentación en la marcha hacia el conocimiento científico de la sociedad y la historia. Un connotado marxista, el polaco Adam Schaff¹, observaba muy agudamente que la gente sólo podía pensar en la lengua que manejaba instrumentalmente, y que resulta imposible generar cualquier tipo de conocimiento sin disponer antes del arsenal mínimo que nos da el lenguaje. Esa es una de las claves para comprender el proceso del pensamiento marxista en el mundo: su capacidad puede generar su propio lenguaje.

Uno de los problemas centrales del proceso de conocimiento científico es que se requiere de un lenguaje adaptado a lo que deseamos discutir. En el caso concreto del marxismo, desde los primeros tiempos quedó claro que era imposible interpretar la realidad social y política circundante sin disponer de una epistemología igualmente marxista. Para construirla, una de las nociones básicas siempre fue la de mostrar el lenguaje científico convencional como una expresión ideológica de la superestructura burguesa. Por supuesto: ¿Cómo iba a demostrar la ciencia convencional del capitalismo la existencia de la lucha de clases, si no disponía de los medios epistemológicos para hacerlo?

Si se acepta como cierta la proposición inicial del marxismo, se debe aceptar sin más el hecho de que la ciencia burguesa desvía la atención del científico social de las verdaderas causas que mueven la historia en su inexorable marcha hacia el socialismo. Donde no se puede ver la lucha de

1 SCHAFF, Adam: *Langage et connaissance*, Paris, Seuil.

clases, resulta imposible descubrir la dialéctica misma de la historia y, en consecuencia, es convencional ver que los científicos sociales burgueses no puedan detectar la inminencia de la fase revolucionaria que conducirá al socialismo. Los enfoques metodológicos y las bases teóricas de la burguesía impiden observar el inexorable destino de la sociedad humana: el comunismo.

Para descubrirlo, el marxismo propone una manera muy interesante de indagar la sociedad: un enfoque determinista. Sea cual fuere el caso de relación social, de pueblo, país o cultura, estará siempre presente el inexorable destino del comunismo, como fase superior del socialismo, que a su vez será quien desplace al capitalismo del poder. Justamente por no disponer de ese conocimiento básico, es que el observador de la sociedad no visualiza el destino de la misma: si acaso él estuviese al tanto de lo que es una ley histórica, entonces no indagaría sino aquellos aspectos de la sociedad que fuesen realmente de interés para el futuro, a saber, los conflictos de clases, la praxis política para superarlos y, por supuesto, la economía del nuevo modelo, que dependería de la propiedad colectiva de los bienes de producción.

El factor fundamental es la supuesta inexorabilidad del socialismo. Si para un católico —por ejemplo— es un hecho irreversible el final del mundo conocido y el juicio final, ¿de qué le serviría estudiar la posibilidad de una Tierra eternamente habitada por hombres? De igual manera, un marxista no tiene incentivos intelectuales de ningún tipo para averiguar o descubrir nada que no esté relacionado con el supuesto final de la trama. Además, queda claro que cualquier acto burgués destinado a corregir las diferencias de clases, sería simple artificio para intentar prolongar el régimen alienador y alienante, pero en nada afectaría el destino mismo de esa sociedad.

Bajo estas premisas, el investigador marxista ya no tendrá interés en establecer las posibles variaciones que se deben producir en la sociedad occidental contemporánea, ni mucho menos la posibilidad que ésta tiene para escapar a su destino socialista. Desaparece la noción de cambio social, para dar paso al concepto de revolución proletaria. Igualmente se esclaviza el término "control social" para sustituirlo por el de superestructura, mientras el último de los tres componentes de la sociología —la organización social— queda atado a la estructura de clases como un a priori que lo aniquila en tanto objeto de la ciencia.

En cuanto a la economía, el marxismo hace un buen trabajo al crear un nuevo lenguaje en torno a una simplista teoría del valor y que es una adaptación política de las creencias de David Ricardo. El problema no radica en las necesidades ni en su satisfacción, sino en la manera en que los

propietarios de los medios de producción se organizan para apropiarse del excedente de valor que se obtiene de cualquier proceso productivo. Por supuesto, esta concepción del valor permite dirigir la atención de la ciencia económica hacia regiones perfectamente adaptadas al propósito doctrinario del marxismo, pero en ningún modo a una comprensión de las relaciones económicas de los hombres a partir de la lucha por superar la miseria y conquistar el bienestar colectivo.

Nuestra observación —y el aporte de otros autores²— nos dice que el elemento de la teoría marxista del valor es el lenguaje que impide y frena la comprensión de las relaciones económicas reales entre las personas. El negar esa realidad fue el elemento fundamental que impidió a las naciones llamadas “socialistas” poner en práctica el modelo de socialismo que adoptaron. Porque exista un lenguaje específico que oculte lo indeseable, no necesariamente se logra hacer que desaparezca. Por el contrario, es muy común descubrir que los acontecimientos terminan por imponerse más allá de las aspiraciones e intereses de los participantes en el proceso.

Conviene dejar claro que el marxismo no puede entrar en el campo de las ciencias, por las razones que hemos expuesto. Es posible que como ideología política y doctrina tenga todavía alguna vigencia, pero es sumamente dudoso que los artificiosos moldes elaborados por un sistema oficialista de pensamiento sean aceptables como competidores válidos de la metodología aplicada a las ciencias sociales actualmente. Sería extremadamente torpe darle siquiera status de entorno teórico a un conjunto de postulados políticos, y resulta igualmente bochornoso percatarnos de la ingente cantidad de recursos destinados a mantener viva la llama de esta metodología.

Pero aunque rechazado, el marxismo sigue presente en el lenguaje mismo de la ciencia. Y, sobre todo, en las estructuras mentales con que nos acercamos al mundo real, y que no son otras que las de una perspectiva abierta, dispuesta a comprender a la sociedad y la historia como lo que son y no como lo que queremos que sea. Por supuesto, esto implica de alguna manera replantearse el mito de la objetividad —igualmente asociado a la metodología marxista—, para comprender que la más recomendable de las posturas intelectuales es siempre la de sospechar de todo lo que en materia de ciencias humanas tenga característica de ley.

2 Véase muy especialmente a Emeterio GÓMEZ en su monografía “La economía venezolana y la cultura de izquierda”, Caracas, CEDICE, 1987.

En el caso específico de la economía, hemos aprendido a comprender su complejidad dentro de lo que Karl Popper³ recomienda, a saber, dejar siempre abierta la puerta a las sorpresas. Presentar el mundo de la producción y de los intercambios de riqueza como un simple flujo de recursos tiene características dudosas: detrás de esos hechos económicos existen hombres en interrelación, es decir, un acto social que Von Mises reconocerá bajo el calificativo de "praxeológico"⁴.

LA INALCANZABLE OBJETIVIDAD

El aspecto más relevante en la economía moderna no es su exactitud y precisión, sino más bien lo contrario: el reconocimiento por parte de una creciente cantidad de especialistas en esta materia de que las ciencias humanas definitivamente no pueden ser vistas ni abordadas bajo la perspectiva que se aplica a las ciencias naturales.

En páginas anteriores hemos visto cómo las ideologías se disfrazaron de ciencia. El motivo de ello fue la concepción un tanto ostentosa de los pensadores del siglo XIX de que podrían elaborar modelos teóricos complejos a partir de gigantescos sistemas de pensamiento, que sacarían a la luz las leyes del comportamiento social. En este capítulo vamos a intentar definir la economía dentro de una perspectiva mucho más acorde con la realidad que nos rodea, menos distanciada del libre actuar de los hombres, eso que explica por qué las construcciones teóricas del pasado eran tan arbitrarias y complejas.

La obsesión por la objetividad representó quizá la más fuerte de las energías impulsoras del pensamiento social. Es razonable suponer que la objetividad es una condición fundamental para el conocimiento, siempre que realicemos una adecuada indagación filosófica acerca de sus posibilidades reales. Nada puede ser peor que intentar construir —a pesar de las constantes evidencias históricas— un sistema de ciencias sociales donde se pueda aspirar a edificar un dominio objetivo del conocimiento.

La objetividad "científica" en materias tales como la sociología y la de nuestro estudio, la economía, puede ser un fin altamente especulativo y, por ende, riesgoso para sus conclusiones. El Premio Nobel de Economía, Friedrich Hayek, hizo la siguiente reflexión, ante la comunidad científica internacional: "Prefiero un conocimiento verdadero, aunque imperfecto, aun en el caso en que no pueda determinar y predecir gran parte de su objeto, a una pretensión

3 Ver el tema: "La inalcanzable objetividad".

4 VON MISES, Ludwig: *La acción humana*, Madrid, Unión Editorial.

de conocimiento exacto que probablemente sea falso. El crédito de ciertas teorías aparentemente simples, pero falsas, por su aparente conformidad con modelos científicos reconocidos puede tener, como lo demuestra el presente ejemplo, graves consecuencias"⁵.

El propósito de Hayek es oponerse a la creencia de que se pueden construir teorías objetivas de la sociedad. "La opinión extremista opuesta, según la cual el conocimiento, y más específicamente el conocimiento concreto de los hechos particulares, está *objetivamente* dado, es decir, el mismo para todos, constituye una fuente de error constante en las ciencias sociales"⁶. Esta reflexión —proveniente de los años 50—, marca posiblemente el inicio de una era en la cual otro pensador vienés, Karl Popper, abordaría este mismo problema bajo una perspectiva filosófica

Popper apuntaba en sus escritos de la época⁷ a la misma intencional duda metodológica de Hayek: "Si tenemos bien presente que nuestras teorías son nuestra propia obra, que somos falibles y que nuestras teorías reflejan nuestra falibilidad, entonces dudaremos de que las características generales de nuestras teorías, tales como su simplicidad o su determinismo *prima facie*, correspondan a las características del mundo real"⁸.

Pero, ¿cuál era el problema que veían venir Hayek y Popper? La creencia generalizada en el mundo científico social de que en realidad era posible elaborar modelos que explicaran sin más el comportamiento social de los hombres. La economía derivó, a partir de Marx, hacia una interpretación cerrada, que podía reducirse a leyes, axiomas y otros elementos normativos, que estaban no sólo por encima de la libre acción humana, sino incluso fuera de cualquier discusión.

Los dos vieneses coincidían en una particular manera de explicar cómo era posible que toda ciencia social fuese falible, en contra del desmedido optimismo de la época, cuándo se impuso definitivamente la teoría objetiva en el mundo académico. El mismo Popper cita a Kant a propósito de este problema, buscando explicar cuál es la duda que lo embargaba ya en los años 50: "Podemos admitir la verdad de la concepción

5 HAYEK, Friedrich: "La pretensión del conocimiento", en *¿Inflación o pleno empleo?*, México, Diana, 1979, p. 21.

6 HAYEK, Friedrich: *Scientisme et Sciences Sociales*, Paris, Plon, 1953, pp. 37 y 38.

7 POPPER, Karl: *El universo abierto*, Madrid, Tecnos, 1984. Aparición en inglés en 1956.

8 POPPER: *Op. cit.*, p. 66.

según la cual podríamos calcular de antemano y con certeza —como lo hacemos con los eclipses lunares o solares— el comportamiento futuro de cualquier hombre, si tuviéramos un discernimiento tan profundo de sus modos de pensar como para conocer todas sus fuentes de acción más íntimas y también todas las circunstancias externas pertinentes”⁹.

La duda metodológica esencial de Popper —y que fuera expresada con plena responsabilidad por Hayek en su discurso de Estocolmo— era el principio fundamental del determinismo científico, factura propia del siglo XIX e inexplicablemente mantenido a lo largo de nuestro siglo por las prácticas académicas, y que era definido como “la doctrina de que la estructura del mundo es tal que cualquier suceso puede ser racionalmente predicho, con cualquier grado de precisión que se desee, si contamos con una descripción suficientemente precisa de los sucesos pasados junto con todas las leyes de la naturaleza”¹⁰. Ante esa pretensión, los vieneses apuntan la imposibilidad de que se pudiese llegar a semejante grado de precisión, por lo que siempre quedaba abierta la brecha de la falibilidad científica.

Hayek se interrogó sobre los efectos del determinismo en economía y otras ciencias sociales: “Todos sostienen ingenuamente como algo adquirido que todo lo que se nos presenta como parecido, se le presenta bajo la misma forma a los otros.(...) Las cosas que se nos presentan como parecidas pueden no serlo en un sentido objetivo, es decir, pueden no tener ninguna propiedad en común. Una vez que en efecto hemos reconocido que las cosas no difieren necesariamente en sus efectos sobre nuestros sentidos de la misma manera que lo hacen en su comportamiento recíproco, ya no tenemos el derecho de tener como algo adquirido que lo que se nos presenta como parecido o diferente, será así para los demás”¹¹.

En la dimensión que le dan al problema tanto Hayek como Popper, existe implícito el germen del inconformismo contra las teorías sociales y económicas que se fundamentan en supuestos axiomáticos inamovibles, como en el caso del marxismo, y más recientemente en las simplificaciones economicistas. La simple idea de que las actividades humanas pudiesen sumarse en torno a leyes “objetivas”, como las que pretendió imponer el pensamiento marxista, lucía a los ojos de ambos autores como algo rayano en lo risible. No obstante la casi notoria evidencia de que no podía ser así, el mundo se mantiene aferrado a la creencia de que —de alguna manera

9 KANT, Immanuel: *Crítica de la razón práctica*, citado por Popper en *Op.Cit.*, p. 72.

10 POPPER, Karl: *Op. Cit.*, p. 25.

11 HAYEK, Friedrich: *Op.Cit.* pp. 66 y 67.

inesperada—, el conocimiento superará las barreras técnicas que impiden dominar las casi infinitas variables del quehacer humano.

Hayek —como Popper— desestima cualquier posibilidad de una ciencia determinista, objetiva de la sociedad, porque “una teoría sobre fenómenos esencialmente complejos debe referirse a un amplio número de hechos particulares, todos los cuales deben ser constatados antes de que podamos extraer de ella una predicción o de que podamos comprobarla”¹² y ello luce relativamente improbable en los actuales momentos. Pero además, porque Popper avanzó más, hasta cerrar el círculo de la duda metodológica incluso alrededor de las ciencias naturales, en su famosa demostración del “veredicto de la relatividad especial”.

Un argumento racional indica que la ciencia no se detiene y que al final de su recorrido en busca de más y mejor conocimiento, alcanzará un punto de dominio total de los fenómenos, pero el mismo Popper respondería: “El saber puede conquistar nuevos problemas. Pero al hacerlo creará nuevos problemas que no podrá resolver; al menos no inmediatamente. Porque no puede conocer de antemano sus propias conquistas futuras”¹³. Esta respuesta es una de las bases sobre las que se construye definitivamente una manera más “humilde”, como diría Hayek, de enfrentar los problemas científicos sociales: “El reconocimiento de unos límites infranqueables en su capacidad de conocer, debe dar al estudioso de la sociedad una lección de humildad que le impida convertirse en cómplice del funesto esfuerzo del hombre por controlar la sociedad”¹⁴.

Porque la perspectiva de Hayek es diferente en cuanto a las implicaciones del saber total y totalitario: la pretensión de los científicos sociales de que podrían inaugurar una era donde la ingeniería humana permitiera organizar racionalmente la sociedad en torno a un modelo de funcionamiento ideal. El proyecto socialista fue uno de esos intentos, y fracasó; el “Estado de bienestar”, tan fundamental para las democracias occidentales de la segunda mitad de este siglo, también. Los modelos de desarrollo propuestos por las instituciones internacionales o los diseños de políticas industriales, que de alguna manera dan la espalda a la complejidad del hombre, terminan cayendo en lo que llamaremos “La trampa de Hayek” y que se puede definir como la creencia —ingenua o intencional— de que

12 HAYEK, Friedrich: “La pretensión del conocimiento”, en *¿Inflación o pleno empleo?*, México, Diana 1979. pp. 27 y 28.

13 POPPER, K.: *Op.Cit.*, p. 131.

14 HAYEK, F.: *Op.Cit.*, pp. 31 y 32.

el hombre "puede adquirir el conocimiento completo que le permita dominar los acontecimientos"¹⁵.

En una dimensión ingenua, Hayek supone que ese intento dará como resultado un fracaso. "Existe un grave conflicto entre lo que se espera de la ciencia para la satisfacción de las esperanzas populares y lo que aquélla puede dar realmente. Aun cuando todos los verdaderos científicos reconocen las limitaciones de la ciencia en el ámbito de los problemas humanos, mientras la gente espera más de ella, habrá siempre alguien que, tal vez sinceramente, pretenda hacer más de lo que realmente está en su mano para satisfacer las demandas populares"¹⁶. Esta primera dimensión del problema apunta hacia el uso de la "trampa" en el sentido de creer que los aportes del conocimiento social pueden efectivamente organizar la sociedad en dirección a una mejor utilización de sus recursos, pretendiendo modelar su comportamiento de acuerdo a lo que indica la racionalidad científica

En la otra vía, la intencional, es evidente que la pretensión de dominar todos los acontecimientos predecibles por parte de una élite ilustrada de científicos sociales, necesariamente deberá desembocar en el ejercicio del poder coactivo, entendido como el uso de la razón para restringir los libres actos de los hombres, porque el científico social tendrá (piensa él) los medios para actuar de manera que la sociedad no escape del escenario que se ha configurado a su alrededor y siguiendo un guión riguroso.

Pero, en cualquiera de los dos casos, Hayek tiene claro que "la falsa creencia de que el ejercicio de cierto poder podría tener consecuencias benéficas nos conduciría posiblemente a otorgar a alguna autoridad un nuevo poder de coacción sobre otros seres humanos. Aun cuando semejante poder no fuera en sí mismo pernicioso, su ejercicio impediría el funcionamiento de aquellas fuerzas espontáneas que, aunque nos las comprendamos, tanto nos ayudan en la vida real para conseguir nuestras metas"¹⁷. Ante los asistentes al acto de entrega del Premio Nobel, Hayek dejó profunda huella al afirmar que, "para que el hombre, en su empeño por mejorar el orden social, no haga más daño que bien, habrá de convencerse de que en este campo, como en todos aquellos en que prevalece un tipo de organización esencialmente compleja, *no puede adquirir el conocimiento completo que le permita dominar los acontecimientos posibles*" [Trampa de Hayek]¹⁸.

15 *Ibid.*, p. 31.

16 *Ibid.*, p. 24.

17 *Ibid.*, p. 30.

18 *Ibid.*, p. 31.

No se plantea el problema de la objetividad en las ciencias sociales simplemente como un discurso académico, como podríamos suponer inicialmente. Implica una dimensión crucial en la vida misma de la sociedad, porque dicho objetivismo se fundamenta en el principio determinista, y ello de muchas maneras influye en las decisiones de gobernantes y gobernados por igual en lo que concierne al libre accionar de las fuerzas espontáneas del hombre que se desenvuelve en libertad. La aceptación de verdades científicas y leyes sociales implica de alguna manera reconocer que quien las comprenda y maneje, tiene en sus manos el poder de hacer que la vida y la economía sean más gratas para todos.

Al haber discutido el principio del indeterminismo de la ciencia, Popper enseña el camino hacia la posibilidad eterna de que las acciones libres de los hombres conduzcan a resultados inesperados para la ciencia, en el sentido de que la libre actividad humana siempre puede dar gratas sorpresas a la ciencia aunque también las dé muchas veces ingratas. Hayek verá todavía más lejos en el problema, y avisa el riesgo que corre una sociedad que decline en científicos iluminados lo que normalmente ella sabe hacer sin que se la gobierne o coaccione. Estaríamos ahí frente a una gigantesca escalada hacia un novísimo modelo de teocracia o, como diría Galbraith, un Estado Tecnocrático, aunque de polaridad diferente a la que él en algún momento le atribuyó¹⁹.

Quien actúa en medio de las ciencias sociales, debe colocarse lejos del borde la "Trampa de Hayek", para no caer en la atracción del determinismo ni de la ingeniería social. Es en este sentido que la objetividad es totalmente inútil e inalcanzable, pues implicaría reconocer verdades objetivas que, en la realidad, no son tales. "Lo que deseamos destacar es que debemos partir de lo que los hombres piensan y desean hacer; partir del hecho de que los individuos que componen la sociedad están guiados en sus acciones por una clasificación de las cosas y los acontecimientos establecida según un sistema de sensaciones y conceptualizaciones que tiene una estructura común y que conocemos porque nosotros también somos humanos; del hecho de que el conocimiento concreto que poseen diversos individuos difiere en importantes aspectos"²⁰.

El elemento crucial que se desprende es que al no existir tales verdades objetivas de las ciencias sociales, evidentemente no podemos asumir que la economía sea una ciencia del todo objetiva. Lo que los agentes

19 GALBRAITH, John K. *Le Nouvel état Industriel*, París, Fayard, 1974.

20 HAYEK, F.: *Scientisme et Sciences Sociales*, Paris, Plon 1953, pp. 44 y 45.

económicos dicen, hacen u opinan está teñido de ese telón de fondo social que Hayek identifica en la cita anterior. Existirán muchas formas de ver los problemas, de acuerdo al conjunto de los incentivos y valores de las personas que actúan en el devenir de la sociedad, y dichos elementos son los que, en definitiva, hacen del fenómeno económico contemporáneo un complejo universo, al que no es posible ya simplificar ni encerrar en "leyes históricas", como las que propuso el marxismo, ni en modelos matemáticos o computacionales, como los vienen proponiendo algunas escuelas económicas que sufren hoy serios embates.